



**Una comunidad universitaria con historia camino a su Centenario**  
**Discurso de inicio del segundo período del Rector Nelson Vásquez**  
**(2026–2030)**

**1. Gratitud**

En este día solemne, elevo en primer lugar una acción de gracias a Dios, fuente de todo bien y de toda sabiduría, por permitir encontrarnos nuevamente en este Salón de Honor, corazón simbólico de nuestra Universidad, para dar inicio a un nuevo período de rectoría.

Agradezco, con profundo respeto y gratitud, a la Santa Sede y a la Gran Cancillería por el nombramiento que hoy se me ha confiado. Este gesto de confianza de la Iglesia universal y local lo recibo con la humildad de quien sabe que esta tarea es un servicio a una obra que nos trasciende.

Quiero también agradecer, de manera muy especial, a mi familia. Ellos han estado a mi lado durante toda la vida, acompañándome con amor, fortaleza y confianza en cada una de las decisiones más importantes que he adoptado. En los últimos años, han comprendido las exigencias que impone el servicio universitario y han sido un apoyo silencioso, pero indispensable.

Agradezco la presencia de nuestros rectores eméritos. Su participación en esta ceremonia constituye un valioso testimonio de la continuidad histórica de nuestra Universidad y de una tradición de servicio que, generación tras generación, ha contribuido a forjar la identidad, el prestigio y el desarrollo de nuestra institución.

Corresponde expresar mi más profundo agradecimiento a cada integrante del Comité de Rectoría 2022-2026. Durante los últimos cuatro años hemos compartido la enorme responsabilidad de conducir nuestra Universidad, enfrentando desafíos complejos y construyendo, con convicción y generosidad, un proyecto institucional cada vez más sólido. Los logros que hoy podemos exhibir pertenecen a toda la comunidad universitaria, pero no habrían sido posibles sin la entrega permanente, el profesionalismo, la lealtad institucional y el trabajo en equipo que cada uno de ustedes demostró día tras día. Mi mayor reconocimiento y gratitud.

Este año 2026, además, tiene para mí un significado particularmente conmovedor: se cumplen 40 años desde que ingresé como estudiante a esta Universidad. Recuerdo ese

momento con emoción y con la conciencia de todo lo que ha ocurrido desde entonces. Mi vocación inicial siempre fue ser profesor de historia y geografía en un colegio. Jamás imaginé que mi camino me llevaría a ser profesor de esta casa de estudios, ni a servirla como consejero y decano de mi facultad, como vicerrector académico y, en los últimos años, como rector. Por ello, solo puedo decir, con sincera humildad: muchas gracias por el regalo que me han dado.

De igual modo, expreso mi reconocimiento a las profesoras y profesores que, de manera mayoritaria, han depositado una vez más su confianza en este rector. Recibo ese respaldo como una responsabilidad que compromete mi conciencia, mi vocación universitaria y mi fe en el proyecto común que nos une.

Nuestra Universidad es portadora de numerosos valores que la distinguen en el sistema de educación superior chileno. Entre ellos, uno de los más relevantes es, sin duda, nuestra democracia interna. Es desde ella que nace nuestra legitimidad para dialogar con todos los gobiernos, con los legisladores y con la sociedad en su conjunto. Esta democracia no es un accidente ni una concesión circunstancial: es una herencia que hemos recibido de generaciones anteriores, y es nuestro deber custodiarla con fidelidad, para entregarla intacta a quienes vendrán.

Por ello, resulta especialmente significativo agradecer a la Gran Cancillería, que una vez más ha sabido acoger y respetar este valor institucional, permitiendo que, a lo largo de diez procesos ininterrumpidos, nos reunamos en este mismo lugar para celebrar nuestra institucionalidad democrática. Este Salón de Honor no solo es testigo de nuestros hitos; es también el espacio donde se expresa, con dignidad y responsabilidad, el espíritu republicano de nuestra comunidad universitaria.

## **2. Comunidad**

En esta ocasión, no me detendré en los logros alcanzados en los últimos años. Ellos son ampliamente conocidos por nuestra comunidad y han sido reconocidos por el sistema universitario chileno, así como por autoridades comunales, regionales y nacionales. Mis palabras, en cambio, desean centrarse en una reflexión que considero esencial para el tiempo que se abre ante nosotros: el sentido de comunidad.

Decimos con frecuencia que la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso es una comunidad. Lo afirmamos casi como una evidencia. Y, sin embargo, cabe preguntarnos con mayor profundidad: ¿qué significa verdaderamente ser comunidad? ¿Cuáles son los pilares que sostienen una comunidad que perdura en el tiempo?

Una comunidad se funda, en primer lugar, en valores compartidos. En nuestro caso, como Universidad Católica y Pontificia, reconocemos en el Evangelio y en la persona de Jesucristo la fuente de aquellos principios que orientan nuestra misión.

Una comunidad no es solo un conjunto de principios abstractos: es, ante todo, una forma de relación. Es sensibilidad frente al otro. Es cuidado de la amistad cívica, de la fraternidad que se expresa en gestos cotidianos: en el reconocimiento del talento ajeno, en la palabra respetuosa, en el valor de la palabra empeñada, en la disposición al diálogo sincero.

Una comunidad se construye también en sus rituales: en el saludo, en el encuentro, en el abrazo fraterno; en la oración compartida; en los espacios de deliberación; en la capacidad de acompañar en el dolor, de proteger en la incertidumbre, de alegrarse en la fiesta y de ejercer la hospitalidad con quienes nos visitan.

Una comunidad auténtica se preocupa por el bienestar de todos. Toma decisiones oportunas que fortalecen la prosperidad y no abandona a ninguno de sus miembros en la enfermedad. Cuenta, además, con una institucionalidad que ordena la convivencia: un conjunto de normas y regulaciones que han sido construidas y aprobadas por sus representantes. Somos, en este sentido, una comunidad democrática representativa, no una asamblea circunstancial, sino una institución que ha sabido dotarse de formas estables de deliberación y gobierno. Nuestro Estatutos Generales consagran esta democracia representativa y nos han dado la estabilidad institucional por más de 36 años, al delimitar con claridad las atribuciones y facultades de todas las autoridades superiores, contemplando la libertad académica de los profesores como un valor relevante.

Una comunidad verdadera reconoce y valora la diversidad. Comprende que cada persona es portadora de una dignidad irreductible, que no se agota en su visibilidad pública. Valora tanto la palabra como el silencio, tanto la presencia activa como la vida interior. Respeta la intimidad de las personas y su individualidad, porque entiende que en ellas también se juega la riqueza de lo humano. Es pluralista y ecuménica.

En este entramado de relaciones, los estudiantes ocupan un lugar insustituible. Son ellos quienes dan fisonomía viva a la Universidad, quienes la llenan de sentido, de preguntas, de inquietudes y de futuro. Reconocer su valor implica también comprender la complejidad de los tiempos que les ha tocado vivir. Los estudiantes de hoy no solo buscan excelencia académica; enfrentan los desafíos de una era marcada por la incertidumbre, las exigencias de la salud mental y la transformación radical que la inteligencia artificial impone a sus futuras profesiones. Como Universidad, no podemos ser meros espectadores de sus inquietudes. Nuestra misión es ofrecerles un refugio de pensamiento reflexivo y un acompañamiento humano que trascienda lo digital, asegurando que, en medio de este cambio de época, encuentren en la PUCV las herramientas éticas y emocionales para liderar con sentido el Chile de mañana.

Sin la presencia de los estudiantes, el sueño de nuestros fundadores comenzaría a desvanecerse, y la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso perdería su razón más profunda de ser. Una universidad sin estudiantes deja de ser verdaderamente universidad: puede transformarse en un laboratorio, en un centro de investigación o en una estructura académica, pero pierde su esencia formativa, su vocación de encuentro entre generaciones

y su misión de educar integralmente a la persona. En cada estudiante se encarna, en definitiva, la continuidad de nuestra historia y la proyección de nuestro destino institucional.

Una comunidad que desea prosperar es capaz de perdonar. Sabemos que en la vida universitaria se acumulan, a veces, heridas, incomprensiones, postergaciones. Estos dolores, si no son sanados, pueden prolongarse en el tiempo y transmitirse entre generaciones. Por ello, el perdón no es una debilidad, sino una fuerza moral que permite restaurar vínculos y proyectar el futuro con libertad. Por esta razón, pido disculpas públicas si en el ejercicio de la responsabilidad de rector pude haber afectado a un miembro de la comunidad universitaria con un gesto o decisión.

Cuán importante es, asimismo, la gratitud. Una comunidad agradecida reconoce que nadie se construye a sí mismo en soledad. Somos, en gran medida, obra de otros: de nuestros padres, de nuestros profesores, de quienes nos han antecedido en la tarea de enseñar, investigar y servir. El conocimiento, que es fundamento de las grandes universidades, solo adquiere sentido cuando se reconoce como fruto de una herencia compartida y se orienta al servicio de los demás. La gratitud, como ha sido dicho, es la que nos fortalece ante los grandes desafíos del ser.

Una comunidad es también un espacio de aprendizaje. Con el tiempo, algo hermoso comienza a ocurrir: dejamos de hablar solo en primera persona singular y comenzamos a reconocernos en el “nosotros”. Ese tránsito es el signo más claro de madurez comunitaria.

Nuestra comunidad universitaria tiene, además, la responsabilidad de cuidar todas las disciplinas, oficios y profesiones. Debe hacerlo con especial atención hacia aquellas que han tenido menor desarrollo o visibilidad. La equidad no es un discurso; es una práctica que se expresa cuando quienes han tenido mayores oportunidades están dispuestos a compartir, a esperar, a ceder el lugar, a abrir caminos para otros.

Como Universidad, tenemos una función social ineludible: servir a la Iglesia y servir a la sociedad. Ese servicio se realiza gracias a la labor generosa de innumerables personas que, muchas veces en silencio, dedican su tiempo, su inteligencia y su energía a la gestión, para que todo funcione; para que los espacios estén disponibles y sean acogedores; para que los recursos alcancen; para que la docencia, la investigación y la vinculación con el medio se desarrollen con excelencia; para que impere el orden, la limpieza y la belleza. Son servidores con distintos niveles de responsabilidad, pero todos igualmente indispensables en la construcción del bien común universitario.

Este compromiso con la gestión adquiere una urgencia renovada en el Chile de hoy, un país que atraviesa profundas transformaciones sociales, laborales y culturales y que demanda referentes de cohesión y esperanza. S.S. el Papa León XIV es uno de los principales referentes para una universidad pontificia. En su reciente encíclica *“Magnífica Humanitas”* nos formula una pregunta que es tan sencilla como decisiva: ¿cómo custodiar la dignidad de la persona humana en la era de la inteligencia artificial? Y concluye que toda innovación

tecnológica debe estar al servicio del ser humano. La tecnología es fruto de la creatividad humana y puede contribuir significativamente al bien común; sin embargo, cuando pierde de vista a la persona, corre el riesgo de transformarse en un instrumento de dominación, exclusión o deshumanización.

Nuestra Universidad no puede ser una isla frente a las fracturas sociales o los desafíos de la sostenibilidad; por el contrario, estamos llamados a ser un actor protagónico en la construcción de una convivencia republicana más armónica y justa. Desde nuestro compromiso regional con Valparaíso, proyectamos un liderazgo nacional que combina la innovación ética con el rigor científico, aportando soluciones concretas a los problemas del presente y reafirmando que el conocimiento solo alcanza su máxima nobleza cuando se traduce en bienestar para nuestro país y su gente.

Una comunidad sólida no teme al futuro y no alberga amargura. Confía en el talento de sus integrantes, en la belleza de sus ideas, en su capacidad de adaptación. Es capaz de enfrentar las exigencias del presente y de proyectar con esperanza los sueños del mañana.

Una comunidad con sentido es una comunidad viva: se alegra con los logros de sus miembros, se conmueve ante el dolor, practica la compasión y hace propios los éxitos de los demás. Esa es la medida de su verdadera unidad.

Finalmente, una comunidad que trasciende es una comunidad que posee una espiritualidad. No basta una visión estratégica; se requiere un alma. En nuestro caso, esa alma se nutre de los valores del cristianismo, del Magisterio de la Iglesia, de su doctrina social y del compromiso con la cultura y la creación de la humanidad. Es un camino que nos conduce a Dios y que da sentido a nuestra existencia institucional.

Sin esta espiritualidad, nuestra comunidad corre el riesgo de desvanecerse, de perder la continuidad que los fundadores nos legaron hace ya 98 años, desde Valparaíso hacia el país y el mundo. Es desde esa espiritualidad que nos levantamos con firmeza ante Chile, ante sus autoridades y ante toda la sociedad.

### **3. Excelencia**

Querida comunidad universitaria, quien mejor nos describió como universidad fue S.E.R el Cardenal Mendoza en su reciente visita, con motivo de la inauguración del Año Académico 2026, nos dijo: “En muchas instituciones, esta triada genera tensiones difíciles de resolver (se refiere a nuestra identidad católica, de excelencia y de vocación pública). Estando entre ustedes veo el testimonio de que es posible una universidad en la cual las tensiones pueden vivirse en clave de síntesis: donde la fe, lejos de restringir el pensamiento, lo orienta; donde la calidad académica, lejos de excluir a los más vulnerables, se pone a su servicio; donde la Iglesia, lejos de mirar desde fuera del mundo, lo habita desde dentro”.

Esta vivencia profunda de comunidad no es un ideal abstracto. Día a día se manifiesta en la calidad concreta de nuestro quehacer. Por ello, la búsqueda de la excelencia no es para nosotros una meta impuesta externamente, sino una exigencia de nuestra propia identidad.

Al iniciar este nuevo período, el desafío de alcanzar nuevamente los siete años de acreditación institucional se nos presenta no solo como un objetivo técnico, ni de cumplir indicadores o metas definidas por organismos externos, sino como el testimonio público y riguroso de nuestra madurez. Es la forma en que damos cuenta al país de que nuestra “alma” universitaria se traduce en una cultura de la calidad que permea cada aula, cada laboratorio y cada espacio de servicio, honrando así la confianza que la sociedad deposita en nosotros.

Este desafío nos interpela como una sola comunidad. No hay ninguna unidad académica, ninguna facultad, ningún proyecto particular que sea más grande que la Universidad en su conjunto. Las partes encuentran su sentido más pleno únicamente cuando contribuyen al todo. Esa es la lógica profunda de toda verdadera comunidad universitaria.

#### **4. Futuro**

En este contexto, es importante recordar que la democracia institucional no se agota ni se resuelve exclusivamente en el nombramiento del Rector. Ella se expresa de manera permanente en múltiples procesos que dan vida a nuestra Universidad: en la elección de decanos, de consejeros superiores, de directores de unidades académicas y de capitulares. En los próximos años, nuevas generaciones de profesores asumirán estas responsabilidades. Es deber de todos nosotros resguardar que dichos procesos se desarrollen en el marco de los valores que nos caracterizan: el respeto, la responsabilidad, la deliberación informada y el compromiso con el bien común.

Estimada comunidad universitaria. Las instituciones están llamadas a perdurar en el tiempo; las personas, en cambio, disponemos de un horizonte necesariamente acotado para desplegar nuestras capacidades y proyectos. Esta convicción nos invita a mirar con perspectiva el momento que vivimos: es la Universidad la que está en permanente construcción, mientras que una Rectoría tiene la responsabilidad de conducir ese proyecto en una etapa determinada de su historia.

Desde esta comprensión, deseo hacer un llamado a toda la comunidad universitaria a renovar nuestra conciencia institucional. Somos parte de una obra mayor que nos trasciende, y cuyo sentido último radica en su cuidado, su continuidad, su excelencia y su servicio a Chile. Por ello, la Rectoría desea iniciar este nuevo período con un llamado claro y sincero a estrechar los lazos de fraternidad entre todos quienes formamos parte de esta comunidad. Solo desde una convivencia fundada en la confianza, el respeto mutuo y un profundo sentido de pertenencia podremos enfrentar con éxito las exigencias de los tiempos actuales, marcados por profundas transformaciones.

Asimismo, tal como señalé durante el proceso de constitución de la terna, este será mi segundo y último período como Rector. Esta decisión no responde a una circunstancia coyuntural, sino a una convicción personal que he sostenido desde hace mucho tiempo y que hoy reafirmo con plena serenidad. Al mismo tiempo, constituye una oportunidad para la institución, pues nos desafía a crear las condiciones para que una nueva generación de profesores, más joven, despliegue plenamente sus talentos —que sin duda los tienen—, asuma crecientes responsabilidades y adquiera las capacidades necesarias para conducir, en el futuro, una universidad compleja, exigente y de excelencia como la nuestra.

He sido parte de una generación que tuvo el privilegio y la responsabilidad de vivir el retorno de la democracia, tanto en Chile como en nuestra propia Universidad. Fuimos testigos de un proceso que reafirmó una convicción profunda: que la legitimidad de la gobernanza universitaria se funda en el mérito académico, en la capacidad de gestión y en el servicio desinteresado a la comunidad. Esos principios han orientado mi vida universitaria y seguirán guiando mi actuar hasta el último día de este mandato.

Estoy convencido de que el reconocimiento auténtico dentro de una universidad no admite atajos. En una comunidad académica como la nuestra no tienen cabida los caminos cortos, el saltarse la fila ni los privilegios derivados de la procedencia social, económica o de cualquier otra condición. La autoridad universitaria se construye con trabajo, con integridad, con vocación de servicio, con competencia demostrada y con la confianza que la comunidad deposita en quienes han sabido servirla.

Este es un legado institucional que recibimos de quienes nos antecedieron y que tenemos el deber de preservar y proyectar. Solo cultivando una cultura del mérito, de la responsabilidad compartida y de la renovación permanente podremos asegurar que la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso continúe formando líderes académicos y servidores públicos capaces de conducir esta casa de estudios con visión, prudencia y fidelidad a su misión.

De este modo, no solo proyectamos la continuidad del liderazgo institucional, sino que fortalecemos la vitalidad de nuestra Universidad, asegurando que nuevas miradas, energías y vocaciones contribuyan a su desarrollo y proyección en el tiempo.

## **5. Centenario**

Hemos avanzado de manera significativa en equidad interna, y ese es un camino que debemos continuar con convicción. Pero aún tenemos una tarea pendiente, quizás más decisiva: creer verdaderamente en nuestras capacidades, valorarnos mutuamente, reconocer la riqueza que habita en cada uno de nosotros y atrevernos a conquistar los espacios y oportunidades que están a nuestra disposición. Una Universidad como la nuestra no puede tener miedos ni temores; con tranquilidad y fuerza debe ser capaz de hablarle a Chile con espíritu constructivo.

Agradezco con profunda humildad la oportunidad que significa servir como rector en este tiempo en que nuestra Universidad se encamina hacia su primer Centenario. Recibo esta responsabilidad como un verdadero regalo, que compromete mi vocación, mi conciencia y mi amor por esta Casa de Estudios que ha marcado mi vida.

El tiempo que se abre ante nosotros no es menor: nos exige unidad en el propósito, claridad de visión y un trabajo constante, riguroso y bien hecho. Nos exige, asimismo, confiar en nuestras propias capacidades y reconocer, con convicción, el valor de lo que juntos hemos construido. Pero, por sobre todo, nos exige renovar el sentido de comunidad que nos sostiene y nos proyecta.

Si somos capaces de custodiar ese espíritu —si perseveramos en la fraternidad, en la excelencia y en la esperanza— no solo alcanzaremos las metas institucionales que nos hemos propuesto, sino que nos dispondremos, con dignidad y altura, para ese momento que ya se insinúa en el horizonte como una promesa y una responsabilidad compartida: la celebración de nuestro primer Centenario.

Llegar a ese hito no será simplemente conmemorar una historia. Será, sobre todo, la oportunidad de afirmar que hemos sabido comprender nuestro tiempo y mirar con perspectiva nuestro futuro. Y ese futuro no es otra cosa que el legado que dejaremos: una Universidad más grande, más plena, más fiel a su identidad y más generosa en su servicio que aquella que nosotros recibimos. Si somos fieles a nuestro legado histórico y a nuestros valores habremos conquistado una vez más el futuro.

Que Dios bendiga este camino que hoy iniciamos. Muchas gracias.